

niciosos que la celebridad y fama del autor harian adoptar sin precausion ni examen. Con este objeto nos proponemos hacer algunas reflexiones imparciales sobre las ideas que desenvuelve en su memoria, impresa en Filadelfia, contrayéndonos precisamente á la forma de gobierno á que da la preferencia sin tocar los otros puntos de su escrito en que la mas brillante erudicion y la elocuencia mas vigorosa en nada perjudican á la verdad, precision y exactitud del racionio.

Muy justas son, sin duda, las declamaciones en que prorrumpe á cada paso contra la corrupcion y vicios de las dinastias europeas para deducir la legítima consecuencia de que no conviene á los intereses de la América, la traslacion en ningun punto de su suelo de aquellas razas de maldicion que el crimen hizo nacer, y solo la costumbre de sufrirlo, mantiene en las regiones del antiguo mundo; pero no es tan cierto que este sea un motivo para proscribir la monarquia, porque los defectos de que el Dr. Mier acusa á este gobierno, son mas bien defectos personales de los individuos que lo han tenido en sus manos, que vicios inherentes á la esencia del mismo gobierno é identificados con su constitucion.

Y no se diga que esta distincion es una pura sutileza que elude, pero no disuelve la dificultad, porque los mas ardientes defensores de las formas republicanas, no tienen otra cosa que contestar cuando se presenta á su vista la serie de injusticias con que se ha manchado este gobierno en los tiempos antiguos y modernos.

Las repúblicas, dice el marques de Sant Aubin, han sido siempre odiosas por su ingratitude é injusticia. Los Coriolanos, los Camilos y los Scipiones, fueron barbaramente tratados por la república romana: Bomilcar crucificado en Cartágo, reprendia á sus conciudadanos desde la elevacion de su cruz, como desde un tribunal, su crueldad con Hanon, su injusticia con Giscon, su crueldad con Amilcar. Atenas se deshonoró por su ingratitude con Teséo y Solon, que acabaron sus dias en tierras